

EL GOLPE DE EANES

República consiste en que el Gobierno se ha destruido a sí mismo, al cesar el pacto de coalición al que se había comprometido desde enero. De esta forma ha destruido la última posibilidad de Soares: contar con los comunistas en el Parlamento, al presentar ante él un nuevo Gobierno homogéneo. Alvaro Cunhal lo había ofrecido al decir, en el momento de la dimisión de los ministros de la CDS, que la izquierda contaba con mayoría suficiente en el Parlamento como para gobernar. Probablemente Soares se hubiera agarrado a este último clavo para no abandonar el poder; pero Eanes no lo ha permitido. Formar un Gobierno de unión de izquierdas en un país europeo, hoy, sigue siendo una utopía.

Soares, sin embargo, había podido tocar a rebato, con esta esperanza, en el comunicado que lanzó cuando ya tenía la crisis encima. El comunicado en que hablaba de defender la democracia en la calle. Todos sus términos estaban impregnados de esta fuerza. Había intentado, en el último momento, saltar de su larga defensiva a una actitud ofensiva, guerrera. "¿Por qué la CDS —se preguntaba— ha asumido la responsabilidad histórica de precipitar al país en una crisis de consecuencias imprevisibles, que puede conducir a Portugal a una división brutal entre derecha e izquierda?". La respuesta: "Por la presión creciente e intolerable de las fuerzas de extrema derecha que intenta desestabilizar las Instituciones democráticas, y preparar así nuevas escaladas antidemocráticas y putschistas". Un alto colaborador de Soares, Alegre, denuncia por su parte la posibilidad de "un golpe

de Estado constitucional". La destitución de Soares por el Presidente de la República, evitando que reconstruyera su Gobierno y lo presentara al Parlamento, es un golpe constitucional Legal.

¿Puede derivar Portugal hacia un presidencialismo de derechas? Hace tiempo que los grandes partidos de la derecha, y la Iglesia católica, y la parte más conservadora del Ejército, está solicitando a Eanes que acepte esta responsabilidad. El general ha sido siempre silencioso y enigmático. Pero toda su política ha ido directamente a minar las posibilidades de Soares, a dejarle a un lado cuando no fuera necesario. Tiene en estos momentos muchas fórmulas a su alcance. Desde la de formar un Gobierno de coalición de centro derecha, hasta la de abrir un interregno en espera de unas elecciones generales anticipadas —las normales estaban previstas para 1980—, disolviendo el Parlamento y nombrando para la emergencia un "Gobierno de gestión": se dice que podría poner al frente al general Firmino Miguel, que ya le ayudó a depurar a los militares de izquierda, y que tiene la suficiente mano dura como para conservar el orden a ultranza. Pero se dice también que si la respuesta del país a esta caída, a este golpe, le parece demasiado difícil o problemática, podría simplemente volver a encargarse de formar Gobierno a Marió Soares, a condición de que éste aceptase todas las condiciones previas, entre ellas, la de una coalición en la que estuviera representada muy fuertemente la derecha. Puede que el afán de poder de Soares no sea tan fuerte como para aceptar esta solución.

■ E. H. T.



El CDS ha visto ahora subir, a la derecha, al PSD, con la resurrección de Sá Carneiro (en la fotografía).

ESE VIEJO CINICO LLAMADO KISSINGER

EL Presidente (Carter) no necesita abrir un debate público en el seno mismo de su Gobierno para dar a entender a la nación que las cosas pueden concebirse de muy distinto modo. Con estas palabras contesta el viejo guerrero —y escandaloso Nobel de la Paz— Henry Kissinger, al semanario alemán "Der Spiegel", que le hace una larga entrevista en su último número (24 de julio).

En ella, el antiguo secretario de Estado bajo las Administraciones republicanas de Nixon y Ford aborda varios temas relacionados, sin embargo, todos ellos con las vacilaciones de la política exterior del Presidente Carter.

Sobre la desorientación del Presidente.—En un sistema democrático, los puntos de vista diversos de los políticos sobre los asuntos de interés general llegan siempre por se a conocimiento público. El Presidente debe escuchar a sus consejeros, pero no airear sus opiniones divergentes. Ha de dar a conocer, antes bien, su propia posición, que debe ser unívoca. Es su obligación determinar las metas nacionales y el modo mejor de conseguir las. Pero también defender sus decisiones de gobierno, una vez tomadas, ante las críticas, inevitables, de una sociedad pluralista. El problema actualmente es que las voces de los consejeros no dejan oír la del propio Presidente.

Kissinger encuentra, sin embargo, una explicación —que no justificación— para tal estado de cosas. A diferencia de los republicanos, que han dispuesto siempre de muy pocos expertos en política exterior, lo que ha permitido una mayor concreción conceptual, el Partido Demócrata abunda en centros de poder. Cada uno de esos centros sostiene un punto de vista diferente, que trata de imponer al resto. El intento de reconciliar las diversas posturas produce necesariamente un efecto de dispersión. No se trata, con todo, de algo nuevo en la política norteamericana, sino que ya se apuntó esta tendencia en los primeros años de la Administración Kennedy.

Derechos humanos.—Kissinger dice defenderlos como meta. Ahora bien, la dificultad radica en que, en política exterior, no basta con dar a conocer una meta, sino que hay que estar seguro de que se va a poder trabajar activamente, y con resultados positivos, en esa dirección. De no ser así, lo único que se consigue es transmitir a los aliados una lamentable impresión de impotencia.

Bomba de neutrones.—Para Kissinger, se trata de un problema exclusivamente técnico, y como tal debe tratarse. ¿Por qué habría de ser menos ética una bomba que sólo contamina radiactivamente que otras que, sobre eso, reducen a cenizas todo lo que encuentran dentro de su radio de acción? Además, si los Estados Unidos son —o al menos se consideran— los guardianes del futuro nuclear de la alianza occidental, serán ellos quienes deban decidir el tipo de arma más conveniente para esa defensa, y no pedirles a los aliados que decidan en su lugar.

Guerra de África.—"No puede aceptar el mito de los cubanos invencibles", afirma Kissinger. El motivo de que los Estados Unidos no hayan podido frenar la penetración africana de los castristas es la falta de acuerdo de los consejeros presidenciales sobre el alcance real de esa "Injerencia".

Los ataques mayores de Kissinger son para el polémico embajador USA ante la ONU, Andrew Young, que es incapaz, según él, de comprender la significación geopolítica de ciertos sucesos como los del Cuerno de África.

Otra de las causas del actual "impasse" es el debilitamiento del poder del Presidente frente al Congreso. Esta crisis de autoridad se remonta a los debates de política interior a raíz de la guerra de Vietnam, que socavaron peligrosamente, según Kissinger, la autoridad del ejecutivo. En 1975 habría sido relativamente fácil frenar a los cubanos y soviéticos en África. Hoy el coste sería mucho mayor.

Con todo, Kissinger no piensa que los soviéticos tengan un plan preconcebido para la conquista de África. Su única estrategia es aumentar su poderío. Pero sus acciones concretas no son sino consecuencia de un sin fin de circunstancias. ■
JOAQUIN RABAGO.